

CONDUCTA ELECTORAL Y ESTRATOS ECONÓMICOS: EL VOTO DE LOS SECTORES POPULARES EN CHILE

Miguel Ángel López V.

Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile
mlopez@uchile.cl

RESUMEN

El presente artículo estudia de manera comparada el voto de los sectores populares en las principales elecciones de la democracia recuperada. Usando un método de inferencia ecológica, se estiman los votos de trabajadores calificados y no calificados, tanto de aquellos favorables a la Concertación como de aquellos que han favorecido a la Alianza de centro-derecha. Los resultados muestran que los perfiles de ambos grupos de trabajadores difieren en el tiempo y que, además, las elecciones presidenciales de 1999 y las parlamentarias del 2001 introdujeron un importante cambio en el estudio de la conducta electoral de los chilenos en general y de los sectores populares en particular.

PALABRAS CLAVE: CONDUCTA ELECTORAL, ELECCIONES, VOTO, TRABAJADORES, INFERENCIA ECOLÓGICA.

ABSTRACT

This paper analyzes the vote of the popular sectors in the main elections of the Chilean recovered democracy, from a comparative perspective. Ecological inference methods are used to estimate the vote of skilled and non skilled workers for the *Concertación* and the centre-right *Alianza*. Ecological estimations show that the voting profiles of both kinds of workers differ on time. Moreover, presidential and parliamentary elections of 1999 and 2001 represent an important change in the study of the Chilean electoral behaviour and in particular the vote of the popular sectors.

SOBRE EL AUTOR

Miguel Ángel López Varas es originariamente periodista por la Pontificia Universidad Católica de Chile, Master (M.A) y Doctor en Ciencia Política (Ph.D.) por la Universidad de Essex, Inglaterra. En la actualidad, es profesor en el Departamento de Ciencia Política del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile. Sus áreas de especialización son conducta electoral, sistemas electorales, comunicación y marketing político, así como métodos cuantitativos.

Introducción: los determinantes de la conducta electoral

Más allá del análisis de los resultados de una elección, la reflexión acerca del porqué un ciudadano vota por un candidato o partido determinado es uno de los aspectos más estudiados por la ciencia política (Hague, Harrop *et al.*, 1998: 106)¹. Sin embargo, no existe una respuesta única a esta problemática tanto a nivel teórico como a nivel fáctico. Las diferencias a nivel teórico se originan en la acción misma de sufragar: ¿Es votar un acto de afirmación o de opción?²

Para el más tradicional de los modelos —el sociológico—, el voto es un acto de afirmación, modelo en el cual se pone énfasis en la proporción en la que diferentes grupos de la sociedad votan por determinados partidos (Lazarsfeld, Berelson *et al.*, 1944). La interpretación de los patrones electorales de los grupos se relaciona con la posición que ellos tienen en la sociedad, y cómo esa posición ha producido en el tiempo fuertes vínculos con determinados partidos. Las tendencias de voto según clases sociales constituyen el ejemplo clásico, ya que según el modelo, los partidos de derecha representarían los intereses de las clases más acomodadas, los de izquierda los intereses de los trabajadores y los de centro los de las clases medias (Lipset, 1963). En este énfasis más colectivista que individualista, el modelo busca a nivel micro responder a la pregunta: ¿Quién vota por qué partido?, y a nivel macro a la pregunta: ¿Qué partidos son apoyados por cuáles grupos sociales?

Para el segundo de los modelos de votación —que podríamos denominar tradicional³, también llamado “de identificación partidaria” o de Michigan⁴, el voto es también una afirmación, pero no de pertenencia a una clase social, sino que corresponde a un largo proceso de identificación con un partido. A diferencia del modelo anterior, el énfasis es individualista, ya que se considera que la persona como ente individual desarrolla una identificación psicológica duradera con un partido a través de un proceso de socialización (Campbell, Converse, *et al.*, 1960). Según este esquema, la identificación partidaria es adquirida inicialmente de la familia, luego reforzada por la pertenencia a ciertos grupos y, aunque parezca tautológico, por el voto por ese partido en el tiempo.

1 Chile constituye un caso excepcional, pues no existen encuestas de panel sobre conducta electoral, y no es posible obtener las bases de datos de las encuestas pre y post-electorales realizadas en el pasado. Sin embargo, de manera indirecta se ha analizado patrones de conducta de los votantes a través de estudios sobre el sistema de partidos (Scully, 1992, 1995) o de elecciones (Cruz-Coke, 1984; Urzúa, 1992).

2 El voto como acto de afirmación se refiere a que los votantes no son totalmente libres en cada elección, pues tienden a votar por el partido por el que se sienten más interpretados o cercanos. El voto así es expresivo de la lealtad a una formación partidista y menos instrumental. El voto como opción implica que el votante es libre, decidiendo en cada elección según sus propios intereses.

3 Ambos modelos fueron dominantes en la investigación en ciencias sociales hasta la década de los setenta.

4 Tradicionalmente se le conoce así, pues fue desarrollado en la Universidad de Michigan en los años cincuenta, aunque también se le llama el modelo socio-psicológico.

Aspectos como la clase social o la identificación partidaria constituyen influencias de largo plazo en el votante y se relacionan con la estabilidad en el voto por un partido. Sin embargo, cuando las divisiones de clases dejan de ser importantes para determinar la conducta (Clark, Lipset, 1991; Franklin, Mackie *et al.*, 1992), o cuando los niveles de identificación partidaria decrecen (Dalton, Flanagan *et al.*, 1984; Crewe, Denver, 1985), son factores de corto plazo los que se convierten en los principales elementos de influencia en el votante. Dentro de esta perspectiva, se encuentra el modelo de la elección racional, que considera que el votante –sobre la base de una conducta racional– apoyará al partido que mejor defienda sus intereses personales. Enelow e Hinich (1984) resumen dicho modelo, señalando que el elector reconoce su interés personal y evalúa a los diferentes candidatos de acuerdo a cuál de ellos sirve mejor ese interés personal. De esta manera, más que una afirmación, el voto constituye una opción y un instrumento que sirve un fin mayor: el interés personal.

Pero las diferencias en la interpretación de la conducta electoral van más allá de lo teórico, para introducirse en un ámbito más fáctico, ya que la conducta electoral varía además geográficamente (de una nación a otra e incluso entre regiones) y en el tiempo (de una elección a otra). También se notan diferencias en el grado máximo de desagregación, es decir a nivel de los votantes.

En este artículo, estudiaremos la conducta electoral de los sectores populares chilenos durante el nuevo período democrático que se inauguró en el año 1990. Usaremos principalmente las elecciones parlamentarias⁵ para estimar el desalineamiento partidario de los sectores populares con la Concertación y el aumento del apoyo de esos mismos sectores hacia la Alianza de partidos de derecha. Desde una perspectiva más teórica, estudiamos cómo el modelo sociológico de la conducta electoral, en tanto marco de análisis, se debilita en favor del modelo de acción racional, en la medida que las características personales del candidato, como un determinante de corto plazo, se vuelven fundamentales para explicar la conducta de los votantes.

Conducta electoral y sectores populares: los primeros análisis, 1958-1973

Históricamente, el voto de los sectores populares, especialmente de trabajadores obreros, ha sido una temática privilegiada en la reducida investigación de la conducta electoral chilena. Los primeros trabajos que se referían de manera empírica al voto de este grupo nacieron en la década de los sesenta, bajo el alero de la entonces popular teoría de la modernización (Lerner, 1958). Este enfoque sostenía que la transición de una sociedad desde la producción agrícola hacia la

5 Se han seleccionado principalmente las elecciones de diputados para tratar de controlar los efectos del personalismo y popularidad de las elecciones presidenciales, así como el personalismo y caudillismo local de las elecciones municipales que pueden afectar los resultados. Sin embargo, para efectos comparativos y con el fin de explicar los cambios, se usó también la elección presidencial de 1999.

producción industrial resultaba en una creciente prosperidad económica, en un aumento de los niveles educacionales, en una mayor urbanización y en un acceso expedito a los medios masivos de comunicación. Estos avances cimentaron las bases para la participación democrática y promovieron el ascenso o fortalecimiento de los partidos de masas⁶, ya que al multiplicarse el número de trabajadores urbanos y al mejorar sus condiciones de vida, aumentaba consiguientemente el apoyo electoral por los partidos de izquierda que los representaban (Sinding, 1972).

La ausencia de análisis sistemáticos respecto a varios procesos electorales del período, unida a la gran diversidad en la operacionalización de las variables, así como el uso de diversos tipos de data⁷ y unidades de análisis, arrojaron como consecuencia los más disímiles resultados. Así, para algunos autores (Powell, 1970; Portes, 1970; Soares, Hamblin, 1967), no existía una relación concluyente entre trabajadores y el voto por la izquierda. Sin embargo, para otros (Zeitlin, Petras, 1970; Petras, Zeitlin, 1978; Aldunate, 1985), la relación existió a nivel comunal, principalmente en municipios con mayores porcentajes de trabajadores de la industria manufacturera y de mineros. Finalmente, usando encuestas, Langton y Rapoport (1975), así como Prysby (1977) determinaron que la relación entre los trabajadores de la industria manufacturera y el voto por la izquierda dependía de ciertas orientaciones psicológicas, tales como la percepción de la existencia de clases sociales, la consideración de la pertenencia a una de ellas y la vinculación de esta pertenencia con la izquierda. A pesar de todo, la falta de sistematización de los análisis y la carencia de estudios que fueran más allá de una o dos elecciones mantuvieron por largo tiempo la percepción, al menos con pruebas empíricas, de una relación no concluyente entre el voto de los sectores más desposeídos y la izquierda⁸.

El sustento teórico del apoyo de los sectores populares a los partidos de izquierda en Chile provino no de los enfoques del estudio de la conducta electoral, sino que de la "teoría de partidos". Valenzuela y Valenzuela (1983), Bustamante (1991) y Scully (1992) aplicaron para el caso chileno el modelo de Lipset y Rokkan (1967) sobre los clivajes electorales y la competencia política partidaria desarrollada para Europa Occidental. En este estudio los autores sostienen que la estructura de las divisiones políticas contemporáneas es el resultado de una compleja serie de procesos históricos. Las revoluciones nacionales en el siglo XIX marcaron el conflicto entre el Estado central y los poderes locales (centro-perife-

6 Los partidos de masa, o de integración democrática (Neumann, 1990) representan grupos sociales predefinidos, especialmente clases media y trabajadora, y cumplen el rol de integrar a estos grupos en la arena política (Duverger, 1957).

7 Los autores usan distintas encuestas y datos a nivel comunal y provincial.

8 Estudios actuales que usan técnicas estadísticas más sofisticadas que las del pasado –gracias a las facilidades de los paquetes estadísticos computacionales– han logrado estimar la existencia en Chile de un voto de clases en el pasado, entre 1964 y 1973, no sólo entre mineros y trabajadores industriales, sino que entre el conjunto de trabajadores obreros (López, 2004).

ria) y entre el Estado laico y la iglesia (religioso). Posteriormente, la revolución industrial creó una nueva división y un conflicto entre empleadores y trabajadores (de clase). Cada uno de estos conflictos de interés produjo luchas sociales que dividieron a la población en grupos, lo que a su vez se vio reflejado en la configuración del sistema partidista, el cual se representa distribuido en partidos religiosos y laicos, nacionales y regionales, así como de clase trabajadora y media, principalmente. Al aplicar dicho análisis para el caso chileno, Scully (1992; 1995) identificó tres clivajes: uno laico-religioso en el siglo XIX, uno urbano de clases, desde principios del siglo XX hasta 1973, y finalmente otro, rural, también de clases, el que implicó la expansión del clivaje urbano de clases a las zonas agrícolas a fines de la década de los cincuenta tras la eliminación del cohecho y la emergencia de la Democracia Cristiana.

Gran parte del interés del estudio del voto de los trabajadores en el Chile pre-autoritario provenía de la búsqueda de explicaciones para el avance de la izquierda y el posterior triunfo de Allende en 1970. Salvo ciertas excepciones (Mainwaring, Torcal, 1998; Roberts, 1998) en Chile no se han realizado nuevos estudios sistemáticos para analizar el voto de los sectores populares. De hecho, el modelo sociológico ha perdido importancia a nivel teórico, y esto tras las críticas de la literatura contemporánea hacia la afirmación de que las desigualdades de clase y la estratificación social han dejado de ser tan relevantes en la determinación de la conducta electoral (Dalton, Flanagan *et al.*, 1984; Franklin, Mackie *et al.*, 1992).

Conducta electoral y sectores populares: el retorno a la democracia

Para realizar el análisis, usaremos el modelo *logit* de inferencia ecológica de Thomsen (1987), que pertenece a los modelos más generales de inferencias internivel (*cross-level*) (Achen, Shively, 1995). El modelo de Thomsen permite realizar estimaciones de correlaciones individuales a partir de correlaciones agregadas (comunales en este caso), superando el problema de la falacia ecológica⁹. Para ello, las variables son transformadas a la escala *probit* y se reemplazan las regresiones de la tabla de Goodman (1953) por la Q de Yule como una aproximación de la correlación tetracórica.

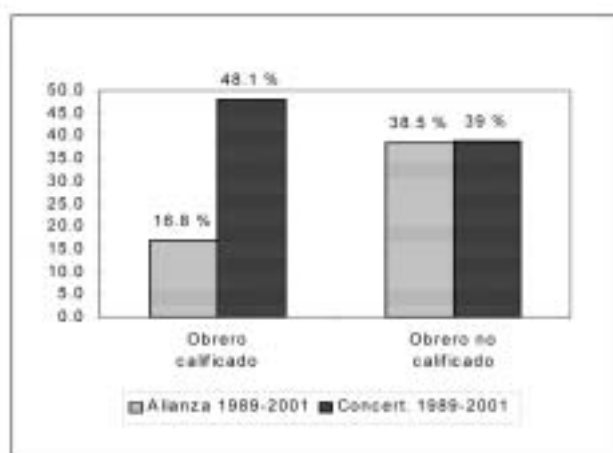
En el análisis usamos datos de votaciones por partidos y por coaliciones a nivel de comunales, así como datos censales sobre grandes grupos ocupacionales. La división del trabajo y la estratificación ocupacional han sido, en general, los más poderosos indicadores de los niveles de ingresos, posición social, educación y expectativas de vida (Crompton, 1998). La estratificación ocupacional del Censo de 1992 reproduce la Clasificación Internacional Uniforme de Ocupaciones (CIUO) (ILO, 1991), la que está asociada con el amplio espectro de desigualdades en

9 La falacia ecológica señala la imposibilidad de inferir datos individuales a partir de datos agregados (Robinson, 1950). Sin embargo, en los últimos años, diversos autores han especificado las condiciones bajo las cuales sí es posible realizar estas inferencias (Thomsen, 1987; Achen, Shively, 1995; King, 1997).

ingresos y educacionales, permitiendo la distinción entre ocupaciones de los estratos altos, medios y bajos. Para efectos de este artículo, reproducimos solamente los resultados de las ocupaciones de los estratos más bajos, en cuanto representativos de los sectores populares, considerando solamente trabajadores calificados (operarios de artes mecánicas y operadores de instalaciones máquinas y montadoras) y no calificados (los demás). Ambas categorías representaban, respectivamente, en el Censo de 1992, al 25,5 y al 19,1 por ciento de la población ocupada. Siguiendo una convención tradicional, las dueñas de casa, los estudiantes y las personas no ocupadas son asignadas al mismo estrato ocupacional del jefe de hogar¹⁰, sea éste hombre o mujer (Crompton, 1998; Goldthorpe, 1999).

Gráfico 1

**Estimación del voto de los obreros con y sin calificación
(media de las estimaciones en las elecciones de diputados
de 1989 a 2001)**



Fuente: Calculado por el autor con datos Censo 1992 y Ministerio del Interior.

El gráfico 1 muestra una gran diferencia en las votaciones de los trabajadores calificados y sin calificación. Desde el retorno a la democracia, los obreros calificados en promedio han apoyado con gran fuerza a la Concertación (48,1%, frente a un 16,8% que apoyó a la Alianza)¹¹, en una proporción cercana de tres a

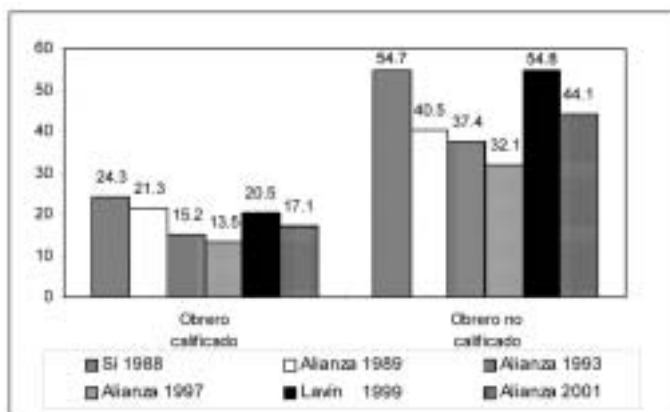
10 Este último supuesto es en sí riesgoso, pues existe un sesgo de género, ya que en Chile las mujeres han probado ser más conservadoras que los hombres. Este sesgo afecta las inferencias del voto de los sectores populares, por lo que los resultados deben ser considerados siempre a la luz de esta precaución.

11 La estimación considera también los votos no válidos (nulos y blancos) y el gran porcentaje de abstención (inscritos que no votan), ya que desde el punto de vista de la conducta electoral, ambos constituyen opciones para el votante. Si la estimación considerase sólo los votos válidos, los porcentajes aumentarían considerablemente, pero de manera proporcional a cada uno de los bloques políticos.

uno. En comparación, los trabajadores no calificados, en promedio, han dividido sus lealtades entre el bloque de gobierno y la principal coalición opositora.

Gráfico 2

El voto de los sectores populares por la Alianza



Fuente: Calculado por el autor con datos Censo 1992 y Ministerio del Interior.

En el gráfico 2, se considera el voto de los trabajadores por el bloque de centro derecha en las elecciones diputacionales. Para efectos de comparación, también se han introducido las estimaciones del voto que apoyó a Pinochet en el plebiscito de 1988 y la votación por Joaquín Lavín en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1999.

Además de la mantención del patrón general identificado anteriormente, esto es un mayor apoyo para la oposición entre los trabajadores sin calificación, es interesante notar ciertas variaciones en el tiempo y formular hipótesis para las últimas elecciones parlamentarias, fenómeno que Navia (2001) llamó el “efecto Lavín”. A pesar de que las variaciones son mayores para los trabajadores no calificados, las estimaciones de voto por la Alianza en ambas categorías ocupacionales populares muestran, a partir del plebiscito de 1988¹², un descenso en el tiempo y una recuperación a partir de la elección presidencial de 1999.

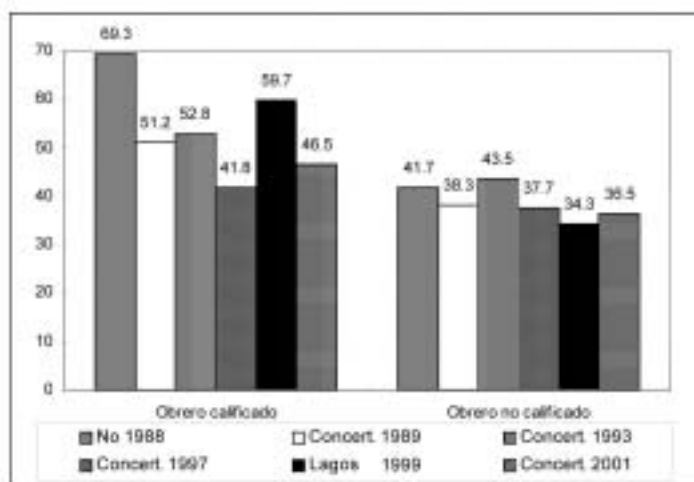
En el caso de los obreros calificados, su apoyo a la centro-derecha tuvo su punto máximo con el voto por el Sí en el plebiscito de 1988 (un 24,3% de ellos) para caer a un 13,5% en 1997 y tener una leve mejoría tras las elecciones presidenciales de 1999. Considerando que nuestras estimaciones otorgan a los obreros calificados un perfil “concertacionista”, el análisis se hace más interesante al

12 Se debe recordar que en las elecciones de 1997, el porcentaje de votos nulos y blancos y de los inscritos que no votaron es cercano al 30%. Este factor explica las bajas estimaciones de voto de los trabajadores por ambos bloques políticos.

considerar a los trabajadores no especializados, quienes en el tiempo han compartido sus lealtades entre candidatos de gobierno y oposición. En este caso, se repite la tendencia a la paulatina caída de apoyo desde 1988 hasta 1997. Sin embargo, la realineación de los trabajadores no calificados con la derecha es mayor en las elecciones de 1999, llegando a igualar los niveles del plebiscito de 1988. Se puede sugerir¹³ así que la candidatura de Lavín recuperó parte del apoyo que los trabajadores no calificados otorgaron a Pinochet en 1988, pero además este “efecto Lavín” se traspasó a las elecciones de diputados del 2001, donde el apoyo a los candidatos de la Alianza en este mismo segmento aumentó a un 44,1%, alcanzando el nivel más alto en el período 1989-2001.

Gráfico 3

El voto de los sectores populares por la Concertación



Fuente: Calculado por el autor con datos Censo 1992 y Ministerio del Interior.

El gráfico 3 repite el análisis anterior, pero ahora estimando los votos a favor de la Concertación entre los trabajadores con y sin calificación. Considerando que los trabajadores calificados poseen un perfil concertacionista, su punto máximo de apoyo se da en el plebiscito de 1988¹⁴ (69,3%), y a pesar de su perfil gobiernista, su apoyo varía de una elección a otra. Si bien el 59,7 por ciento de apoyo de este grupo a Ricardo Lagos en 1999 es importante, esto no se vio reflejado en un “efecto Lagos” entre obreros calificados en las elecciones parlamentarias del

13 Hablamos de sugerir, pues este es un análisis con datos agregados y no mide actitudes como una encuesta, sino que sólo estima proporciones de voto. La comprobación de las hipótesis necesita de información cualitativa y cuantitativa a nivel individual.

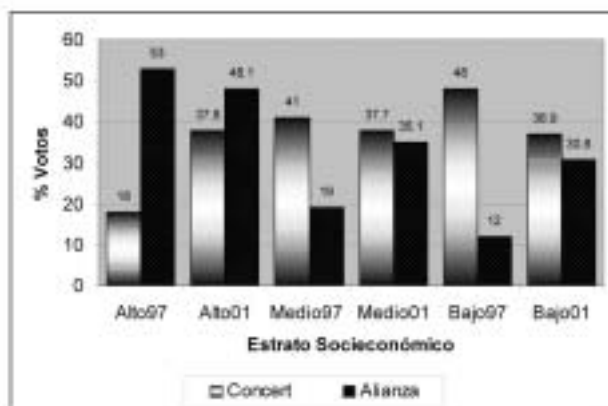
14 Cabe recordar que en el plebiscito de 1988, los votos nulos y blancos y la abstención son insignificantes (3,4%) y que el llamado a votar No también incluyó a colectividades que no pertenecen o han dejado de pertenecer a la Concertación (comunistas y humanistas por ejemplo), e independientes cercanos a la centro-derecha.

2001¹⁵. A diferencia del voto de los obreros no calificados por la Alianza, el “efecto Lavín” tampoco tiene un correlato de “efecto Lagos” en la medida en que el actual presidente obtuvo el porcentaje de votos más bajo dentro de este grupo en el período 1989-2001. Tampoco implicó un aumento importante (sólo 2 puntos porcentuales) de los votos de los trabajadores no calificados para la Concertación en la elección diputacional siguiente.

Si bien las estimaciones muestran un cambio en ciertos patrones electorales de los trabajadores, especialmente entre los no calificados a partir de las elecciones de 1999, estos comicios están muy lejos de constituir una elección crítica¹⁶. Asimismo, parece aun peregrino hablar de una derechización de los trabajadores, sin antes descartar la hipótesis de una “desclasización” de las elecciones, y de un aumento de las características “atrapa todo” (*catch-all*)¹⁷ de los partidos. Si bien existe un cambio, o al menos una vuelta a porcentajes similares a los del plebiscito de 1988, en la votación de los sectores populares el estudio del voto de cada estrato socioeconómico por separado puede ocultar un efecto general que podría estar ocurriendo en el sistema político: no sólo el apoyo de los sectores populares puede haber cambiado, sino también el de los sectores medio y alto. Esto hace necesario estudiar entonces qué ocurre con los otros estratos socioeconómicos.

Gráfico 4

Las elecciones de diputados de 1997 y 2001 por grupo



Fuente: Encuestas CEP Diciembre-Enero 1997-98 y 2001-2002.

- 15 El voto de los obreros calificados por la Concertación en el 2001 es inferior a la media de las elecciones consideradas, cosa que no ocurre con el voto de los trabajadores no calificados por la Alianza el mismo año.
- 16 De acuerdo con Key (1955), las elecciones críticas se caracterizan por una numerosa e intensa participación electoral, un cierto reajuste en las relaciones de poder nacional –donde nuevos y durables grupos emergen– y por un realineamiento del electorado.
- 17 Kirsheimer (1966) acuñó el término de partidos *catch-all* para referirse a aquellos conglomerados que, lejos de representar a un grupo social, buscan ganar las elecciones representando intereses múltiples y atrayendo a todos los votantes.

El gráfico 4 muestra las tendencias declaradas de voto por candidatos de la Alianza y la Concertación en dos encuestas realizadas por el CEP después de las elecciones de diputados de 1997 y 2001. A pesar de que los resultados no son estrictamente comparables con las estimaciones ecológicas realizadas anteriormente¹⁸, existen patrones comunes para los sectores populares. Los resultados de las encuestas muestran el aumento del voto a favor de la Alianza por parte del grupo socioeconómico bajo, en la última elección parlamentaria, desde un 12% en 1997 a un 30,8%, y la caída en la adhesión electoral por la Concertación desde un 48 a 36,9%. Sin embargo, esta tendencia a la igualación en el voto de los sectores bajos por la Alianza y la Concertación en el 2001 también tiene su correlato en los otros sectores socioeconómicos. En el sector alto, estrato que de acuerdo a la teoría sociológica del voto debería ser pro Aliancista, efectivamente lo es, aunque su apoyo por la coalición de derecha desciende de 53 a 48,1 % entre una elección y otra. No obstante, el porcentaje de personas de estrato alto que reconoce haber sufragado por un candidato de la Concertación aumenta de un 18 a un 37,8% por ciento. En el estrato medio, el 41% de los entrevistados reconoció haber votado por la Concertación en 1997 y el 19% por la Alianza. Sin embargo, el patrón cambia el año 2001, cuando el porcentaje de los votantes de clase media tiende a igualarse, con un 37,7% para la Concertación y un 35,1% para la Alianza.

Según Converse (1969), se necesitan al menos tres generaciones para que un sistema de partidos alcance un equilibrio y para lograr la estabilidad en las adhesiones partidarias. Después de poco más de una década del retorno a la democracia, los patrones electorales chilenos aún están en un proceso de decantación. Pero lo que sí debemos subrayar es que el voto de clases del pasado ha perdido el poder explicativo, al menos teórico, que tuvo en el pasado¹⁹, a lo que debemos agregar que las elecciones del 2001 muestran bastante similitud en el voto por la Alianza y la Concertación, según niveles socioeconómicos. Además, el porcentaje de identificación partidaria ha descendido en el tiempo desde el año 1990 hasta llegar a porcentajes cercanos al 50% de chilenos que no se identifican ni se sienten cercanos a algún partido (CEP, 2001). Y mientras más fuertes sean las vinculaciones entre los partidos y los votantes, más estable será la conducta electoral de estos últimos (Leithner, 1997).

Si los determinantes de largo plazo de la conducta electoral comienzan a debilitarse, son los determinantes de corto plazo los que prevalecen. Tal como lo mencionamos al inicio de este *paper*, éstos son principalmente aspectos relativos a las expectativas económicas y a la cada vez más importante figura del candidato. A pesar de que no existen estudios concluyentes sobre cuáles son las características de un buen candidato a nivel comparado, es claro que la im-

18 La operacionalización de los sectores populares es diferente.

19 Sobre la comparación del voto de clases en Chile pre y post autoritarismo, véase López (2004).

portancia política de la personalidad del candidato responde al sistema de “estrellas” que existe en otros ámbitos de la vida diaria, como en el cine y especialmente en la televisión (King, 2002).

Una encuesta realizada después de las elecciones de 1997 (CEP, 1997) demostró que el 56% de la población había decidido por quién votar de acuerdo a las características personales del candidato, y sólo un 29% consideró la tendencia política del candidato. Por grupo socioeconómico, fue el estrato bajo el que le otorgó más importancia a la figura del candidato (el 58% de ellos frente al 54% de los sectores medios y al 31% de los grupos altos). Asimismo, la tendencia política del candidato fue también para el estrato bajo la menos importante para decidir su voto (sólo un 27% de ellos la consideró, frente al 30 y el 47% de los estratos medio y alto). Consultados por las características personales que más importaron para decidir su voto en las elecciones para diputados del 2001 (CEP, 2001), los encuestados destacaron principalmente, la confiabilidad (25%) y la capacidad para solucionar problemas de la gente (21,2%); más abajo quedaron la experiencia (9,5%), la inteligencia y la honestidad, entre otros. Al cruzar estas respuestas por nivel socioeconómico no hay grandes variaciones, por lo que existe una gran similitud a nivel de estrato socioeconómico respecto de las características que debe poseer un buen candidato.

Conclusiones

Tras 14 años de democracia, los alineamientos electorales de los chilenos aún se encuentran en un proceso de cristalización. Esta evolución afecta a todos los estratos socioeconómicos, pero adquiere especial importancia entre los sectores populares, especialmente entre los trabajadores, ya que fue este estrato el principal objetivo de la revolución popular de Allende y ellos fueron los más afectados por las reformas neoliberales introducidas por el régimen militar (Martínez, Díaz, 1996).

Usando el método de inferencia ecológica de Thomsen (1987), estimamos que los trabajadores, a pesar de que considerados en conjunto han sido en la última década más propensos a votar por la Concertación, presentan diferencias al separarlos entre trabajadores calificados y no calificados. Si bien los primeros han sido una fuerza de apoyo estable a los candidatos del gobierno entre 1988 y 2001, este respaldo muestra variaciones de una elección a otra. Diferente ha sido el caso con los trabajadores no calificados, quienes, en promedio y en el mismo período, han dividido su apoyo entre la Alianza y la Concertación. Sin embargo, tras las elecciones presidenciales de 1999, este grupo se ha alineado con la derecha; o bien realineado, si consideramos el voto por Pinochet en 1988.

Es aún pronto —necesitamos varias elecciones, sobre todo del mismo tipo, que permitan efectos comparativos— para establecer si este realineamiento se debió

a razones coyunturales de la época, como sería el efecto Lavín, o bien constituye un fenómeno estable que pudiese afectar los resultados de futuras elecciones. En todo caso, los últimos comicios no sólo mostraron un aumento en la popularidad de la centro-derecha entre los sectores populares; ellos también mostraron ese mismo incremento de popularidad entre la clase media; con todo y por el contrario, los mismos comicios evidenciaron un aumento en el voto de los sectores altos por el conglomerado de gobierno.

El desalineamiento entre el voto de los diversos grupos socioeconómicos y la Alianza y la Concertación, respectivamente, unido a la caída en la identificación partidaria, nos lleva a dudar del poder predictivo de ambas variables a largo plazo y a concentrarnos en los determinantes del voto de corto plazo. Las características personales del candidato emergen como el factor determinante a la hora de sufragar, especialmente entre los sectores populares, los que considerados de manera comparada parecen ser los que menos importancia le otorgan a la tendencia política del candidato.

Bibliografía

- Achen, C.; Shively, W.P. 1995. *Cross-Level Inference*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Aldunate, A. 1985. "Antecedentes Socioeconómicos y Resultados Electorales". En Aldunate, A.; Flisfisch, A. et al. *Estudios sobre el Sistema de Partidos en Chile*. Santiago: FLACSO.
- Bustamante, F. 1991. "Sistema de Partidos Políticos y 'Clivajes' Electorales en la Transición Chilena". *América Latina Hoy* N.º2: 27-37.
- Campbell, A.; Converse, P., et al. 1960. *The American Voter*. New York: Wiley.
- CEP. 1997. *Estudio Nacional de Opinión Pública N.º7*. Tercera serie. Documento de Trabajo N.º283. Santiago: Centro de Estudios Públicos.
- CEP. 2001. *Estudio Nacional de Opinión Pública No.14*. Tercera serie. Documento de Trabajo N.º329. Santiago: Centro de Estudios Públicos.
- Clark, T. N., Lipset S.M. 1991. "Are Social Classes Dying?". *International Sociology*. Vol. 6, N.º4: 397-410.
- Converse, P. 1969. "Of time and Partisan Stability". *Comparative Political Studies*. Vol. 2: 139-71.
- Crewe, I.; Denver, D. 1985. *Electoral Change in Western Democracies*. London: Croom Helm.
- Crompton, R. 1998. *Class and Stratification. An Introduction to Current Debates*. 2nd Edition. London: Polity Press.
- Cruz-Coke, R. 1984. *Historia Electoral de Chile 1925-1973*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- Dalton, R.; Flanagan, S., et al. 1984. *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies*. Princeton: Princeton University Press.
- Duverger, M. 1957. *Los Partidos Políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Enelow, J.; Hinich, M. 1984. *The Spatial Theory of Voting: An Introduction*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Franklin, M.; Mackie, H. Valen, et al. 1992. *Electoral Change: Responses to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Countries*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Goldthorpe, J. 1999. "Modelling the pattern of Class Voting in British Elections, 1964-1992". En Evans, G. *The End of Class Politics? Class Voting in Comparative Context*. Oxford: Oxford University Press: 59-82.
- Goodman, L. 1953. "Ecological Regression and the behavior of individuals". *American Sociological Review* N°18: 663-64.
- Hague, R.; Harrop, M., et al. (1998). *Comparative Government and Politics. An Introduction*. Palgrave: London.
- ILO 1991. *Uniform International Classification of Occupations: CIUO-88*. Geneva: International Labor Organization.
- Key, V. O. 1955. "A theory of critical elections". *The Journal of Politics*. Vol. 17: 3-18.
- Kirchheimer, O. 1966. "The transformation of West European Party system". En La Palombara, J.; Weiner, M. (editores). *Political Parties and Political Development*. Princeton: Princeton University Press: 177-200.
- King, G. 1997. *A Solution to the Ecological Inference Problem*. Princeton: Princeton University Press.
- King, A. 2002. *Leaders' Personalities and the Outcomes of Democratic Elections*. Oxford: Oxford University Press.
- Langton, K., Rapoport, R. 1975. "Social Structure, Social Context, and Partisan Mobilization: Urban Workers in Chile". *Comparative Political Studies*. Vol 8, N°3: 318-345.
- Lazarsfeld, P.; Berelson, B., et al. 1944. *The People's Choice*. New York. Columbia University Press.
- Leitner, C. 1997. "Of time and Partisan Stability Revisited: Australia and New Zealand 1905-90". *American Journal of Political Science*. Vol. 41, N°4: 1104-1127.
- Lerner, D. 1958. *The Passing of Traditional Society*. Glencoe, Illinois: The Free Press.
- Lipset, S. M. 1963. *El Hombre Político*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lipset, S.M.; Rokkan, S. 1967 "Cleavage Structures, Party systems, and Voter alignments: An Introduction". En Lipset, S.M., Rokkan, S. *Party Systems and Voter Alignments*. New York. Free Press.
- López, M. A. 2004. *Chilean Voting Patterns*. Tesis Doctoral. Colchester, U.K. The University of Essex.
- Mainwaring, S.; Torcal, M. 1998. "Social Cleavages, Political Heritages, and Post-Authoritarian Party Systems: Chile in the 1990s". Paper presentado en el XXI Congress of the Latin American Studies Association. Chicago.
- Martínez, J.; Díaz, A. 1996. *Chile: The Great Transformation*. Washington: The Brookings Institution.
- Navia, P. 2001. "El efecto Lavín en las Elecciones Municipales del año 2000 en Chile". Paper presentado en el Congreso de la LASA. Washington. 6 a 8 de septiembre del 2001.
- Neumann, S. 1990. "The Party of democratic Integration". En Mair, P. *The West European Party System*. Oxford: Oxford University Press: 46-49.
- Petras J.; Zeitlin, M. 1978. "Miners and agrarian Radicalism". In Petras, J., Zeitlin, M. *Latin America: Reform or Revolution*. Connecticut: Fawcett.
- Portes, A. 1970. "Leftist radicalism in Chile". *Comparative Politics* I (1): 285-295.
- Powell, S. 1970. "Political Change in the Chilean electorate, 1952-1964". *Western Political Quarterly*. N°23 (Junio): 364-383.
- Prysbey, C. 1977. "Psychological Sources of Working-Class Support for Leftist Political Parties". *The Journal of Politics*. Vol. 39: 1073-1081.
- Roberts, K. 1998 "The Chilean Party System and Social Cleavages in the Neoliberal Era". Paper presentado en el XXI Congress of the Latin American Studies Association. Chicago.
- Robinson, W. S. 1950. "Ecological Correlations and the Behavior of Individuals". *American Sociological Review*. Vol. 15: 351-357.

- Scully, T. 1992. *Los Partidos de Centro y la Evolución Política Chilena*. Santiago: CIEPLAN-Notre Dame.
- Scully, T. 1995. "Reconstituting Party Politics in Chile". En Mainwaring, S.. Scully, T. *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press: 100-137.
- Sinding, S. 1972. "The Evolution of Chilean Voting Patterns: A Re-examination of some old assumptions". *The Journal of Politics*. Vol. 34: 774-796.
- Soares, G.; Hamblin, R. 1967. "Socio-economic Variables and Voting for the Radical Left: Chile 1952". *The American Political Science Review*. Vol. LXI N°4: 1053-1065.
- Thomsen, S.R. 1987. *Danish Elections 1920-79. A Logit Approach to Ecological Analysis and Inference*. Arthus, Denmark: Politica.
- Urzúa, G. 1992. *Historia Política de Chile y su Evolución Electoral*. Santiago. Editorial Jurídica de Chile.
- Valenzuela, A.; Valenzuela, S. 1983. "Partidos de Oposición bajo el Régimen Autoritario Chileno". En Garretón, Manuel A. *Chile 1973-198?*. Santiago: FLACSO.
- Zeitlin, M.; Petras, J. 1970. "The Working Class Vote in Chile: Christian Democracy versus Marxism". *British Journal of Sociology*, 21: 16-29.